

CORÍN TELLADO EXISTE

Sonia Rivera-Valdés

Cuando vivía en la playa de Santa Fe, en la costa norte de la provincia de La Habana, a principios de los años cincuenta, Corín Tellado era un personaje tan familiar para mi madre y para mí como cualquiera de mis tías paternas; aún más incluso que algunas de ellas, que no solían visitarnos con frecuencia. Corín Tellado era tan familiar, para ser precisa, como mi tía Zoila. La hermana de mi papá llegaba a la playa una vez a la semana; las novelas de Corín Tellado llegaban una vez al mes, en la revista *Vanidades*, a las quincallas y quioscos de periódicos y eran leídas por todas las mujeres que vivían en aquella playa, o al menos eso me parecía a mí a los trece años.

Mi mamá y sus amigas no concluían una reunión sin antes comentar, apasionadamente, la última novela de Corín Tellado. Era esperada con ansiedad y leída con premura, y nadie dudaba que una mujer llamada Corín Tellado las escribía.

Al pasar los años, yo, y otras personas a mi alrededor, comenzamos a dudar de la existencia de alguien que por sí misma, solita, escribía tan enorme cantidad de páginas. Era una industria a la que habían dado ese nombre, afirmaban algunas. Después Mario Vargas Llosa entrevistó a Corín Tellado y Guillermo Cabrera Infante escribió sobre su obra, que en estos momentos ya ha sido analizada por numerosos críticos literarios y sobre ella se han escrito muchas tesis de doctorado. Le han hecho miles de entrevistas a la escritora, ha recibido homenajes y más homenajes, y hasta aparece en el Libro Guinness de los Records (versión española, 1994), como la autora/or más leída/o en lengua castellana, después de Cervantes. Pues sí, no hay dudas de que Corín Tellado existe y de esos 4.000 títulos que ha escrito —de acuerdo a la mayor parte de quienes mencionan el número de sus novelas, pero que no falta quien afirme que son 5.000— ha vendido 400.000.000 de ejemplares. Y la mayoría de esas novelas son novelas rosa, pero también las hay eróticas, juveniles, y las hay largas y cortas. La mayor parte ha sido firmada con su nombre, pero algunas han sido publicadas bajo un seudónimo: Ada Miller para las eróticas, que publicaba la editorial Bruguera con un título en castellano y otro en inglés, para aparentar que eran traducciones.

Corín Tellado es una leyenda, un mito viviente, nadie discute hoy esto.

Nunca pensé que tendría la oportunidad de conocerla personalmente, es más, jamás se me ocurrió, hasta una noche del mes de julio de este año [2006] en que recibí un correo electrónico de María Teresa González, catedrática

de francés en Gijón y especialista en la obra de la escritora asturiana. María Teresa decía que nuestra amiga mutua Imelda Ramos, profesora de la universidad de León, le había hablado de mi admiración por Corín Tellado, ella lo había mencionado a Corín y ésta se había sentido contenta de saberlo. Le contesté a María Teresa que en esos días iría a España y que si existía la posibilidad de visitar a la escritora, sería para mí un honor conocerla. Propuse el viernes 5 de agosto. Me contestó que los viernes, como los lunes y miércoles, tiene diálisis y, por lo tanto, no recibe, pero que el 6 de agosto, sábado, estaba dispuesta a hablar con nosotras, que a esa altura ya éramos cuatro.

Llegamos a su apartamento, frente a la playa de Gijón, a las cuatro de la tarde y al marcharnos eran cerca de las siete. Además de la admiración que sentí por Corín desde que supe que sus novelas contribuyeron a que miles de mujeres aprendieran a leer, admiré ahora su amabilidad y sencillez. Nos sentamos a conversar en una sala presidida por el retrato al óleo que aparece en la página inicial de Corín Tellado en el internet (www.corintellado.com) y durante casi tres horas la escritora habló sobre su obra y su vida y contestó las preguntas que hicimos sin titubeos, segura de cada respuesta. Eso sí, de vez en cuando, al terminar de responder una pregunta bajaba la voz y añadía algo como para sí misma, a veces lo suficientemente alto como para que quien estuviera sentada a su lado lo escuchara.

Al marcharnos, muy agradecidas de su hospitalidad, yo tenía más preguntas que cuando llegué. A las siete de la noche para mí Corín Tellado era un enigma mayor que a las cuatro de la tarde, cuando nos abrió la puerta vestida con una blusa naranja, pantalones color café y una intensidad en la mirada que no abandonó en ningún momento. No la entrevistamos, sólo María Teresa llevaba libreta para anotar. Paquita Suárez Coalla, Jacqueline Herranz y yo conversamos con ella y la escuchamos. Lo que aparece aquí es lo que más me impresionó de la visita.

La firmeza de su voz. Al escucharla una se olvida que el cuerpo que la produce está tan débil. “Casi no oigo” —nos dijo—, “casi no veo, las piernas me funcionan mal y los riñones peor. Y todavía tengo ilusiones. No puedo creerlo. Tampoco puedo creer que estoy así desde hace catorce años. Aunque a veces tengo momentos malos, muy malos. Son breves, pero en un momento así puede hacerse cualquier cosa. Ya no fumo, fumé. Fumar me destruyó las venas, las tengo tan frágiles que no pueden tocármelas”.

Contó cómo comenzó a escribir, tal como aparece en las innumerables entrevistas en que se lo han preguntado. En el año 1946, cuando ella tenía diecinueve y hacía uno que había muerto su padre, la Editorial Bruguera publicó su primera novela *Atrevida apuesta*, por la que le pagó 3.000 pesetas. Después de contar esto añadió que iba a decir algo que nunca había dicho. Cuando le anunciaron que iban a publicarle la novela se arrodilló, dio gracias a Dios y dijo: “Yo voy a ser escritora”.

Dijo no entender a esas y esos escritores que demoran un año para escribir una novela. Ella escribe cincuenta páginas diarias, veinticinco por la mañana y veinticinco por la tarde, para una novela mensual que continúa publicando en la revista *Vanidades*. Debido a su visión deficiente, padece de degeneración macular y sólo conserva el 30% de la visión, dicta a su nuera, quien es excelente con la computadora, y hasta si ella deja una frase sin terminar se la termina porque la conoce tan bien que sabe lo que va a decir. El único problema es que no es tan trabajadora como ella. Según Corín, cuantos la rodean hacen menos de lo que deberían. Tan pronto ella dice, estoy cansada, su nuera le responde: pues descansemos. En entrevistas anteriores Corín ha afirmado que escribía diez páginas diarias.

En un momento de la conversación le dije que sus personajes habían sido un modelo para muchas mujeres porque cuando la mayoría de las españolas se dedicaban mayormente a ser amas de casa, o sirvientas, en el caso de las más necesitadas, sus protagonistas eran mujeres educadas formalmente y un gran número de ellas ejercía una profesión. Me contestó que no escribe para las lectoras, que siempre ha escrito lo que ha querido escribir. Unos minutos más tarde afirmó que no escribe lo que quiere; desde que comienza una novela se dedica a escribir para enganchar a la lectora y que, una vez comenzada, no pueda dejar la novela hasta el final.

Afirmó que esto de legalizar el matrimonio entre homosexuales es un disparate. A quién se le ocurre semejante cosa. Le pregunté por qué le parecía mal. Porque nunca ha existido, me contestó. Le dije que la defensa de ese matrimonio que había hecho Vargas Llosa me parecía muy sensata, el argumento es similar a lo que yo expongo en mis clases para defender el aborto legal: A nadie obligan a hacerse uno. Quien quiera casarse en un matrimonio homosexual, dijo Vargas Llosa, es libre de hacerlo. Corín respondió que Vargas Llosa es así, dice lo que le parece, pero que respecto al aborto pensaba diferente, que no está en contra de su legalización. Minutos más tarde afirmó que el problema con el matrimonio entre gays y lesbianas es la palabra matrimonio. Si le llamaran unión sería diferente. Yo pregunté si aceptaba esa unión con derecho a adoptar niñ@s y con todos los otros derechos. Me dijo que sí, pero que no lo llamen matrimonio.

Corín Tellado, la segunda novelista más leída del mundo y probablemente la más prolífica, con cuatro mil piezas publicadas y 400 millones de ejemplares vendidos, se presenta aquí, de carne y hueso, en un encuentro personal que la autora de este texto relata como memorable.

En los estudios recientes sobre la obra de Corín Tellado, y en las entrevistas hechas a la escritora, se habla con frecuencia de cómo sus argumentos y personajes han ido cambiando con el tiempo y cómo sus tramas se desarrollan en ambientes actuales, no en tiempos remotos, ni en palacios reales. Pensando en esto le pregunté si ha incluido o piensa incluir el tema de las drogas en alguna novela. Me contestó con un rotundo no. Afirmó que ha tenido mucho dolor con la contemplación de problemas de drogas en la realidad y no los va a incluir. ¿Y el SIDA? Tampoco. “Yo escribo para entretener y recuerda que escribo para la gente rica”. Esto me sorprendió porque recuerdo haber leído que Corín era consciente de que era muy popular entre las empleadas domésticas y otras mujeres de escasos medios económicos.

Cuando digo que salí de allí con más preguntas que con las que llegué me refiero a que cada vez que daba dos respuestas diferentes a una misma pregunta, me hubiera gustado saber cuál de las dos expresaba realmente lo que ella piensa, pero no lo hice por respeto, sobre todo, a su amabilidad, porque tuvo mucha, y a su inteligencia. Si ella dio esas respuestas, estoy segura que aunque le hubiéramos preguntado cien veces, hubiera contestado, de una manera ingeniosa, lo que quería. Pero de todos los misterios que para mí representa Corín Tellado, una escritora a la que habrá que calificar de “monstrua de la naturaleza”, es su ausencia de vida amorosa personal, el mayor misterio de todos. Estuvo casada sólo cuatro años, de 1959 a 1963 y ha afirmado en entrevistas publicadas, que sólo se enamoró una vez, que no fue del marido y que no necesita de los hombres. La presencia de esta mujer que, aún a los setenta y nueve años, se yergue con una prestancia y una intensidad en la mirada de la que muchas mujeres jóvenes carecen, hace difícil imaginar una vida sin romance. La historia dirá.

Al despedirnos de ella, ya en la puerta, le repetí que nos sentíamos honradas de haberla conocido y le agradecíamos mucho el tiempo que nos había dedicado. Sonrió, algo que no hizo con frecuencia, y dijo que yo le recordaba a una amiga suya y que parecía sincera. Lo soy, le contesté. ☐

Sonia Rivera-Valdés (La Habana). Escritora cubana. Autora de los libros *Las historias prohibidas de Marta Veneranda* (Premio Casa de las Américas en 1997) e *Historias de Mujeres grandes y chiquitas*, publicado por la Editorial Campana, Nueva York, 2003. Ha publicado además cuentos y ensayos en Estados Unidos, América Latina y Europa. Es profesora del York College, de la ciudad de Nueva York, donde reside desde hace más de tres décadas, dedicada a la promoción de las letras latinoamericanas y a fomentar los vínculos culturales entre América Latina, especialmente Cuba y Estados Unidos.